

# HACIA LA FAMILIA CARISMÁTICA

Antonio Botana (La Salle)

## 1. EL CAMINO ES COMPARTIR CARISMA Y MISIÓN

### 1.1. El camino: una red de relaciones

Cuando hablamos de “misión compartida” sucede frecuentemente que la realidad a que nos referimos sea simplemente una tarea compartida, aunque esa tarea sea la educación, o incluso la educación cristiana. Y es más frecuente aún que el compartir se limite al interior de las paredes de una escuela, sin que resulte alcanzada la comunidad religiosa, o sin que la responsabilidad de los que comparten la misión se sienta aludida por las llamadas que proceden de la misión más allá de esa obra educativa.

Nosotros vamos a hablar de “*compartir carisma y misión*”. Con lo cual estamos introduciendo el espíritu; mejor, el Espíritu (con mayúsculas), porque es el Espíritu Santo, en persona, que nos llama y nos concede este don para que participemos juntos en la misión de la Iglesia. Y es el Espíritu el que nos introduce en la comunión, una dinámica de comunión que alcanza a todos los que participan en la misión. Y este dinamismo, *carisma y misión en comunión*, es el camino que nos llevará a formar la Familia carismática. Y no pensemos en atajos si queremos soluciones duraderas, porque se trata del cambio interior de las personas, de adquisición de nuevas actitudes, incluso de nueva identidad, y todo eso exige tiempo y constancia.

Muchos de los caminos de *misión compartida* elegidos en los últimos años por las congregaciones dedicadas a la educación han sido caminos fáciles, caminos cortos, por eso han sido también de resultados cortos. No han tenido en cuenta que la misión compartida auténtica incluye el compartir el carisma. En este tipo de caminos es donde se inscriben preguntas como ésta: “¿Y qué pasa con los educadores de la segunda generación, los que ya no han conocido en la escuela a los religiosos/as?” Esta es la señal de que lo que se ha hecho ha sido “traspasar” o “entregar”, o tal vez incluso “transmitir”, pero no se ha entrado realmente en el “compartir”. Se traspasa una escuela, se transmiten unas ideas, una historia, incluso unos sentimientos. Pero un espíritu sólo se puede compartir. El espíritu a que nos referimos, *el carisma*, sólo el Espíritu (la Persona divina) puede concederlo. A nosotros nos toca compartirlo, porque este carisma se vive en la comunión y no existe al margen de la comunión.

Si las obras educativas animadas por nuestras congregaciones han podido mantener un espíritu, es porque estaban integradas en una red de relaciones en la que se compartía este espíritu. Cuando una obra educativa o, más exactamente, sus educadores dejan de pertenecer a esa red de relaciones que comparte el espíritu, también el espíritu desaparece, aunque esta generación que ha estado en contacto con la “red” sea capaz de mantener una serie de reflejos, un estilo, unos criterios, unas motivaciones... Todo ello se esfuma rápidamente sin la sangre o espíritu que procede de la red carismática. A esta red de relaciones que comparten el mismo carisma lo llamamos hoy “Familia carismática”, y en nuestro caso: “**Familia Teresiana de Enrique de Ossó**”.

Por ello, la “misión compartida” que no llega a crear familia es una misión frustrada. Esa “segunda generación” de educadores que entra en una escuela y no encuentra la familia que asegura el espíritu o la sangre carismática de esa escuela, es una generación que asiste al cierre de la escuela, al menos en cuanto “escuela portadora de un carisma”.

¿Qué caminos estamos siguiendo? ¿De dónde vienen y a dónde conducen? ¿De qué presupuestos partimos y hacia qué horizonte nos dirigimos? Los caminos contienen las opciones que, consciente o inconscientemente, hemos hecho, y señalan las metas a las que, en principio, podemos llegar. Lo que sí es

evidente es que no podemos aspirar a unas metas que no estén contempladas por los caminos que hemos elegido.

## **1.2. Misión compartida o comunión para la misión**

Comencemos por aclararnos sobre lo que queremos decir con esa expresión, “misión compartida”. Pero ya hemos puesto ahí otra expresión que indica mejor dónde han de estar los acentos y nos lleva a fijarnos en primer lugar, no en la misión sino en la comunión, aunque esta tenga por finalidad la misión.

En el proceso histórico que hemos recorrido se pueden observar tres niveles de conciencia:

1º- La expresión “*misión compartida*” nace (en la década de los ‘80’) para referirse a la coincidencia de religiosos/as y laicos/as en lugares y tareas de misión. La misión que, hasta ese momento, se pensaba que era de los religiosos/as y en la que colaboraban los laicos de forma secundaria, pasa también a ser protagonizada por los laicos. Los religiosos son quienes tienen aquí la iniciativa y se encargan de introducir a los laicos en la responsabilidad de la misión. El sujeto es claro: los religiosos, el Instituto, la misión del Instituto, la espiritualidad del Instituto... En el fondo lo que preocupa es el mantenimiento de las obras heredadas.

2º- En realidad, la expresión “misión compartida” subraya un rasgo que es inherente a la misión eclesial: *la misión es única y compartida*. Todos los miembros de la Iglesia están llamados a participar en ella, y les corresponde por deber y por derecho: “La misión atañe a todos los cristianos” (Juan Pablo II, *Redemptoris missio* 2). Los laicos toman conciencia de su protagonismo, de que no están para colaborar en la obra de otros, sino para compartir corresponsablemente la obra común. La misión nos convoca a laicos y religiosos y vamos a ella con los dones respectivos. El carisma fundacional comienza a ocupar un puesto preferente, referencial.

3º- Tras asumir que la misión es, por esencia, compartida, independientemente de quiénes sean los que están en la misión, de si son religiosos y seculares, o solo religiosos o solo seculares, o diversos tipos de religiosos... nos lleva a preguntarnos cómo podemos vivir la comunión entre quienes estamos compartiendo la misión, y cómo vivimos nuestros carismas en *la comunión para la misión*. Descubrimos el tesoro común que nos da una base común para encontrarnos, y una riqueza propia que no nos separa sino que nos permite ir a la misión con algo propio para ofrecer. Nace la Familia carismática, y en ella el espíritu, la formación, la inspiración, el acompañamiento... se mueven en muchas direcciones, de religiosos a laicos, de laicos a religiosos, y de unos y otros entre sí...

## **1.3. Opciones que van haciendo camino**

Hagamos un análisis de esas opciones tomando tres perspectivas diferentes: la *misión* que compartimos, el *carisma* que compartimos, la *vida* que compartimos. En la realidad las tres perspectivas están muy relacionadas y se implican mutuamente. Veremos que los niveles sugeridos para el avance en cada perspectiva se relacionan cada uno con los equivalentes de las otras perspectivas. Es un esquema un poco artificial, pero puede ser útil para detectar en qué nos estancamos, o qué pasos estamos dando o necesitamos dar, o cuál es el horizonte hacia el que necesitamos tender.

Hay muchos signos que pueden ayudarnos a descubrir esos niveles en que nos movemos: formas de actuar, estructuras que mantenemos, lenguaje que utilizamos en nuestros documentos y en nuestras conversaciones...

### **a). Compartir la misión**

El lenguaje teológico que utilizamos a nivel oficial en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II ya indica un cambio sustancial que marca la dirección en la que vamos a movernos: hemos pasado de hablar de “las misiones” en la Iglesia y de “la misión” acaparada por la jerarquía y la vida religiosa, a “la única misión” de la Iglesia, en la que participan todos sus miembros, cada uno con su carisma, y de la cual todos son corresponsables. Y esta “misión única” se ha enriquecido con el concepto “misión compartida”, en la que los carismas diversos se armonizan hasta formar una orquesta de carismas al servicio de la única misión.

Veamos ahora dónde se sitúa nuestra manera de entenderlo:

1. *La misión como obra (estructura) pastoral.* La versión más reducida es la que limita la misión compartida a la participación de tareas dentro de la obra pastoral. Y la caricatura de esta versión es la que reduce la misión compartida a la “entrega de llaves” y de funciones a causa del envejecimiento o desaparición del personal religioso que trabajaba en esa obra.

2. *La misión como misión del Instituto.* Es esta la versión más frecuente. la expresamos así: “compartir la misión del Instituto”, donde se da por supuesto que los laicos vienen básicamente a colaborar en esta misión que “es del Instituto”, y por tanto, es de los religiosos/as. Los laicos sustituyen a los religiosos en ciertas tareas y funciones, pero los religiosos se reservan aquellas que parecen más pastorales, más evangelizadoras... El Instituto, los religiosos/as, son los garantes de la misión, y por tanto los últimos responsables de los fines perseguidos en la obra pastoral. Se ceden responsabilidades a los laicos, siempre en dependencia de los religiosos, y se les asocia “con el Instituto” a aquellos que quieren participar en “el espíritu del Instituto”...

3. *La misión como misión de la Iglesia.* La misión que se comparte es la misión de la Iglesia, la única misión, en la que tanto los religiosos como los cristianos laicos son llamados a colaborar juntos, al mismo nivel, sin precedencias de unos sobre otros. Cada uno aporta su propio carisma personal, su modo de vivir la vida cristiana.

4. *La misión del Reino de Dios.* Finalmente, la misión rompe las fronteras de la Iglesia y se convierte en la misión del Reino de Dios, en la que participan y son invitados a participar todos los creyentes de otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Son muchos los valores y los objetivos en los que se puede coincidir, entre unos y otros, respecto de la realización de la persona y de la sociedad.

## **b). Compartir el carisma**

Solo el hecho de admitir la posible participación en el carisma fundacional por parte de quienes no pertenecen al Instituto religioso, ya supone un avance en el camino de la misión compartida. Su ausencia es lo que más ha retrasado dicho avance. Cuando a la misión se le quita el espíritu, el carisma, no quedan más que tareas; las vidas de los que comparten no resultan afectadas. Quien permite descubrir el espíritu de la misión y vivir esta como la obra salvadora de Dios es el Espíritu, con mayúscula. Y lo hace a través de sus carismas.

¿A cuál de estas fases se aproxima la que estamos viviendo?:

1. *Compartimos cierta espiritualidad.* En un primer momento se habla de compartir con los laicos algunos aspectos de la espiritualidad del Instituto, quizá aquellos que podrían ayudar al mejor cumplimiento de las tareas de la misión. Y se aportan aspectos anecdóticos o ejemplares de la vida del Fundador/a.

2. *Compartimos el espíritu del Instituto.* En el lenguaje ordinario de los religiosos se expresa como que “los laicos vienen a participar en el espíritu del Instituto”. Aunque no se sepa exactamente qué significa esto, tiene, sin duda, un carácter más global que el anterior. Pero el Instituto continúa ocupando el centro: los laicos vienen a los religiosos/as, no al revés. Las comunidades religiosas continúan en su puesto y su vida no

resulta especialmente afectada por la llegada de los laicos, aunque algunos religiosos/as acompañen a los laicos en la adquisición del espíritu del Instituto.

A este nivel los laicos descubren ya que el Fundador o Fundadora del Instituto es también su Fundador/a, porque les muestra un modo especial de ver la vida y de vivir la misión. Y es esta experiencia la que nos empuja al paso siguiente.

3. *Compartimos el carisma como don de la Iglesia.* El salto más decisivo en la evolución se produce cuando comenzamos a asumir que el carisma del Instituto, o más ampliamente, *los carismas fundacionales* pertenecen a la Iglesia. El paso es difícil: tiene que separarse el concepto “carisma fundacional” del concepto “proyecto de vida religiosa” (o si se quiere, “carisma de vida religiosa”). Entonces se empieza a reconocer el carisma fundacional como un “camino para vivir el evangelio”, que se puede concretar en diferentes formas de vida cristiana.

Es en este nivel cuando realmente empezamos a hablar de “compartir el carisma”. Descubrimos el carisma fundacional como *lugar de encuentro* de religiosos y laicos, como convocatoria para vivir la comunión para la misión desde diferentes identidades cristianas. Así es como comienza el nuevo modelo de “Familia carismática” acorde con la Iglesia-comunión, entendida como “comunión de comunidades”.

4. *Carismas para el Reino.* El paso anterior tiene aún otra ampliación cuando comprendemos que, si el Espíritu no se queda encerrado en las fronteras institucionales de la Iglesia, tampoco sus carismas. Los carismas fundacionales aspiran a servir a todo el Reino de Dios. Son, efectivamente, “caminos de Evangelio”, y el Evangelio se expande también en las “*semina Verbi*” o “semillas de la Palabra” (Ad gentes 11.2; 15.1) que están presentes en todas las culturas y religiones, y conecta con muchas expresiones humanas y religiosas más allá de la Iglesia Católica y de las Iglesias cristianas. Creyentes de otras religiones se sienten llamados a participar en la misión salvadora, al lado de los cristianos (religiosos y seculares), como transmisores del amor y la misericordia de Dios, y se refieren al Fundador como maestro y guía que les descubre el sentido profundo de las tareas humanas que realizan.

Desde esta experiencia, cuando tenemos la ocasión de compartir la misión con personas de otras religiones (incluidas no-cristianas) o con personas no-creyentes, vemos que hay posibilidades de que el mismo carisma pueda unirnos y eso nos ayuda a identificar mejor lo esencial, aquello que para otras personas no cristianas puede ser también un camino para vivir más a fondo su propia religión y su compromiso con la humanidad.

### **c). Compartir la vida**

“Comunión para la misión” es la expresión que mejor señala lo que implica la misión compartida. La vida de las personas que coinciden en la misión se pone también sobre la mesa. Las personas entran en relación, se crean lazos entre ellas, se dejan “domesticar” ... Es un proceso de comunión para la misión que desemboca en la Familia carismática.

1. Compartimos nuestras habilidades. Formamos equipos de trabajo, incluso equipos “cálidos” donde cuidamos la colaboración, el respeto mutuo. Tenemos momentos ocasionales de encuentro y celebración promovidos desde la institución... La comunidad religiosa se hace más o menos presente en el trabajo y en los momentos de encuentro celebrativo, pero su vida interna no se ve afectada por aquellos.

2. Ponemos en el centro las personas y su vida. Su buscan y estrechan los lazos de relación interpersonal y de comunión. Se viven comunitariamente los acontecimientos que marcan la vida de las personas, los de gozo y de sufrimiento. La comunidad religiosa en contacto con la obra participa y se implica en esos acontecimientos, y los laicos encuentran acogida en diversos momentos de la vida de la comunidad religiosa.

3. Creación de la red de comunión entre personas, tanto laicas como religiosas, que están viviendo el mismo espíritu, más allá del lugar y la obra particular. Se promueve el encuentro y la comunicación entre personas de diversos lugares, a nivel de provincia o interprovincial.

En este nivel comienza a desarrollarse y visibilizarse la Familia carismática. La integración en esa red de relaciones es lo que va a permitir que las personas, laicas y religiosas o solo laicas, que animan una obra del tipo que sea, puedan mantener el espíritu que hasta ahora ha dado vida a la obra.

4. Comunión de comunidades, asumiendo la diversidad de comunidades que integran a solo laicos, solo religiosos, o laicos y religiosos. Las demarcaciones territoriales clásicas (Provincia, Delegación, Distrito...) se reestructuran para acoger las nuevas comunidades, y para que sus miembros puedan participar en la comunión y en la misión con plena responsabilidad.

## 2. LA LARGA MARCHA DE LA MISIÓN ECLESIAL: desde la “Misión única” a “Yo soy misión”

Ha sido un largo camino, y continúa, el que nos ha permitido a personas consagradas y laicos llegar a poder decir: compartimos la misión de la Iglesia, juntos, al lado los unos de los otros, no unos sobre los otros.

El camino va marcado por sucesivas *tomas de conciencia* en el seno de la Iglesia, de la misma forma que el taladro rompe la corteza del suelo y atraviesa una capa tras otra, acercándose cada vez más a ese fondo vivo y dinámico que sostiene y alimenta todo el ecosistema.

La primera toma de conciencia, la más decisiva sin duda, tuvo lugar en el Concilio, al reconocer la Iglesia como Pueblo de Dios (*Lumen Gentium*, cap. II), un pueblo en el que «todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, ... son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (LG 11), y «el mismo Espíritu Santo no solo santifica y dirige el Pueblo de Dios ... sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición...» (LG 12).

Con *Evangelii nuntiandi* (Pablo VI, 1975) se afianza la convicción de que la misión de la Iglesia, expresada como «evangelización», es algo más que una encomienda: es su razón de ser. «La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia... Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14).

La personalización de la llamada hecha a todos sin exclusión, toma una especial intensidad en *Christifideles laici* (Juan Pablo II, 1988): «*Id también vosotros*. La llamada no se dirige solo a los Pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, sino que se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo.» (ChL 2.4)

Quizás con el Papa Francisco hemos llegado a la cumbre de este proceso de concienciación. Cada miembro del pueblo cristiano ha podido escuchar estas palabras de *Evangelii gaudium*, dirigidos a él/ella, y no solo a los que tradicionalmente habían protagonizado la evangelización: «La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida (...) Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo.» (EG 273)

Esta identificación con la misión adquiere los tintes más fuertes posibles y se propone como un reto que es preciso asumir: «Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (*ibid.*).

Pues bien: esta misión que nos marca a fuego es la que está en juego cuando hablamos de misión compartida entre consagrados y laicos. En esa misión se reúnen «esos que han decidido a fondo ser con los

demás y para los demás» (*ibid.*). Cada uno de ellos lleva esta convicción en su corazón: *Yo soy misión*. Recíprocamente, puede decir también de corazón a cada uno de los otros con los que comparte la misión, consagrados y laicos: *Tú eres misión*.

### **3. LOS CARISMAS FUNDACIONALES, LUGARES DE ENCUENTRO**

#### **3.1. El carisma fundacional: fuente de identidad y lugar de encuentro**

En esta nueva dinámica eclesial los carismas fundacionales van asumiendo también una nueva importancia, como prueba del protagonismo que el Espíritu Santo despliega en el nuevo ecosistema eclesial. Al fin y al cabo, dichos carismas son dones que el Espíritu Santo ha hecho a la Iglesia, y se resisten a quedar encerrados en las barreras institucionales de las órdenes y congregaciones. Hoy se presentan como reclamo para cualquier tipo de creyente.

Los laicos descubren el carisma fundacional como una identidad espiritual, no superpuesta a su identidad cristiana, sino como una forma peculiar de vivir la identidad cristiana común a todos los fieles.

Y a los religiosos, esta dinámica les está llevando a descubrir el carisma con una visión más global de la que solía tenerse, como su manera de ser cristianos, lo cual les facilita la coincidencia con los laicos que llegan a vivir ese mismo carisma, pero también como su manera de ser consagrados, y les da la clave necesaria para situarse en la Iglesia de hoy y en la familia carismática correspondiente con pleno sentido de su propio valor y con un papel fundamental para desarrollar en ellas.

El carisma fundacional, con su referencia obligada a la persona e itinerario espiritual del fundador/a es, pues, el nuevo campo de fuerza dentro del cual se tejen las relaciones entre los miembros de una familia carismática: religiosos/as, laicos, sacerdotes, y también entre los grupos que la componen. El carisma es también como la sangre de familia, o dicho con más propiedad, el espíritu que da vida a la familia y a sus miembros. Él es el elemento unificador, el puente que permite el encuentro, la raíz de las relaciones mutuas, el eslabón que une y diversifica las identidades.

#### **3.2. ¿En qué ámbitos se puede (o se debe) “compartir el carisma”?**

- En la comunión (o relación vital) de los que están implicados, lo cual supone un proceso que se propone:
  - Fomentar la relación humana y, desde ella, la comunión entre las comunidades y entre los miembros de las comunidades.
  - Estimular entre todos el sentimiento de pertenencia, a la Provincia y a la Familia carismática, a la historia viva originada por el carisma.
- En la corresponsabilidad en la misión, que entre otras cosas habrá de manifestarse en:
  - Discernir juntos las necesidades de la misión y la mejor forma de dar respuesta.
  - Promover la elaboración corresponsable de los proyectos y la actuación subsidiaria entre todos los que comparten la misión.
- En la formación en el carisma, que ha de organizarse de forma que facilite el encuentro de laicos y religiosos/as.
- En el desarrollo de la espiritualidad, la cual da fundamento y sentido a todos los demás ámbitos.

#### **3.3. ¿Qué exigencias implica, o qué condiciones se necesitan para compartir el carisma?**

- Actitudes de valoración mutua, desde una base común aportada por la eclesiología de comunión.
- Conciencia de la propia identidad (laico/religioso), que viene, no de lo exclusivo sino de lo que cada uno vive de modo significativo. Se vive la propia identidad como riqueza para el conjunto.

– Sentimiento de que somos complementarios. Juntos servimos mejor a la misión, por eso nos necesitamos los unos a los otros.

– Estructuras apropiadas para vivir la comunión e implicarse responsablemente en la misión. La participación de los laicos en estructuras canónicas propias de los institutos religiosos, como los Capítulos o Consejos provinciales, donde los laicos no pueden participar en igualdad de derechos (con voz y voto), puede ser una forma de comenzar esa implicación pero no puede prolongarse en el tiempo. Es necesario inventar estructuras nuevas, para no caer en lo que el Evangelio advierte: los odres viejos donde se mete vino nuevo, terminan reventados.

– Procesos de formación que posibiliten el descubrimiento afectivo e intelectual del carisma, y promuevan diferentes niveles de profundización y vivencia. Y en esos procesos tenemos que encontrarnos religiosos y laicos, juntos en la formación.

La formación para la misión compartida ha de capacitar a las personas para:

- compartir la misión, lo cual supone como algo previo el despertar y madurar la vocación para esta misión;
- sintonizar con el espíritu o carisma que da vida a la misión,
- sentir la pertenencia e integrarse progresivamente en la Familia carismática que sostiene y anima las obras de la misión.

### **3.4. ¿Con qué dificultades se encuentra?**

– Hay dificultades que proceden **de los laicos**:

- El contentarse, ya de principio, con una versión “reducida” del carisma, pues se piensa que la versión completa es para los religiosos/as.
- El confundir la participación en el carisma con algunos aspectos menores de devoción o de vida espiritual.
- El reducir la participación a colaborar en las obras de la misión.
- La falta de una formación seria e integral de lo que afecta al carisma.
- El miedo a la comunión, a la relación cercana con los demás participantes, y más en concreto con los religiosos/as.

– Y otras dificultades proceden **de los religiosos/as**:

- El considerar la participación del laico como una ayuda para el religioso/a, solo donde este no puede llegar.
- El reducir la misión compartida a un reparto de tareas.
- El confundir el carisma fundacional con el carisma propio de la vida consagrada, o con el proyecto de institución religiosa en el que aquel se concretó en un determinado momento histórico y eclesial.
- El creer que solo se puede compartir con los laicos aspectos menores del carisma, y todo se resuelve con pequeños cursillos que dan un barniz de cultura en el carisma.
- El ver la comunión con los laicos como un peligro para la identidad del religioso. El pensar que el hecho de compartir el carisma o la misión no debe traducirse en una mayor comunión, y que la comunidad religiosa debe mantenerse cerrada a los laicos.

## **4. FORMACIÓN PARA UNA IDENTIDAD COLECTIVA**

Una persona está preparada para integrarse en una Familia carismática cuando ha asumido la identidad colectiva que caracteriza a esta Familia. Mientras, podrá ser un aspirante, o un simpatizante, o un beneficiario de la misión propia de la Familia. La participación en la identidad

8

colectiva de una Familia carismática es un proceso de iniciación e integración. ¿Qué transformación ha de producirse en la persona durante el proceso de iniciación?

#### **4.1. Para llegar a sentirse “nosotros”**

La persona que ha asumido una identidad colectiva es capaz de decir “nosotros” sintiéndose solidaria del conjunto de personas integrado en el “nosotros”. “Nosotros” es la expresión más simple de la comunión y se nutre de la solidaridad. La *solidaridad* es la actitud que une entre sí a los que participan de una misma identidad colectiva.

- La solidaridad se apoya sobre un sentimiento de *pertenencia*, que incluye el de *complementariedad* con los otros miembros: cada uno se ve a sí mismo como parte de algo más grande que no reduce sino que amplifica su propia personalidad y sus posibilidades de realización personal en el mundo.

- La solidaridad se proyecta en la responsabilidad que cada miembro del grupo siente respecto de la finalidad o misión común. Es una *co-responsabilidad*.

- La solidaridad tiene un núcleo vital fundamental: es la fuerza de *atracción* que sobre los miembros del grupo ejerce la personalidad carismática de alguien que encarna vivamente la identidad del grupo. En el caso de una Familia carismática suele tratarse del fundador/a.

La identidad colectiva de un grupo se apoya, pues, sobre estos tres sentimientos entre los miembros del grupo (“*sentimiento*”: lo entendemos aquí como la fuerza interna, el dinamismo afectivo que mueve a la persona en una determinada dirección):

- el de pertenencia, que asegura la *cohesión interna* del grupo;

- el de corresponsabilidad, que asegura la *fidelidad* del grupo a la finalidad o misión para la que nació;

- y el de atracción en torno al líder común, que se convierte en *centro de referencia* para cualquier discernimiento, y fuente de criterios comunes para la vida del grupo.

La vitalidad del grupo dependerá de la intensidad con que se vivan en su seno dichos sentimientos. Y cada miembro del grupo participa de la identidad colectiva en la medida en que esos sentimientos estén arraigados en él. Notemos que tales sentimientos *tienden a comprometer* a la persona profundamente, y no sólo en aspectos parciales o accidentales de la vida. Por eso mismo no pueden ser el resultado de pequeñas experiencias sino de un *proceso de formación y transformación* de la persona.

#### **4.2. Los dos ejes de una identidad colectiva**

Veamos ahora cómo llegan a arraigar en la persona los sentimientos de los que, según decimos, depende la vitalidad de una Familia carismática. Lo primero que debemos notar es que estos sentimientos se pueden desarrollar en torno a dos ejes que son complementarios: *el afectivo y el narrativo*. La identidad colectiva necesita, para sobrevivir, estos dos componentes; y de la misma forma, la persona que quiera participar en esta identidad colectiva ha de desarrollar ambos niveles.

##### **a) El eje afectivo**

El eje afectivo es el primer eje en torno al cual comienza a desarrollarse la identidad, a partir de la relación con las personas concretas, la participación en la vida de un grupo, la implicación en una obra. La persona

entra en relación con los miembros del grupo; con ellos se implica en experiencias propias de la misión, y a través de ellos simpatiza con la figura carismática del fundador/a.

Este eje permite a la persona *enraizarse* en la realidad, establecer *lazos de comunión* con las personas, *sentirse conmovido* por las necesidades de los destinatarios, *entusiasmarse* por la misión, *comprobar* sus propios dones y capacidades para servir a la misión.

9

El resultado para el grupo es lo que pudiéramos llamar la “identidad afectiva” del grupo. Los sentimientos en que se basa están muy *ligados al “aquí y ahora”*, a las personas y las obras concretas, al aspecto emotivo de la persona del fundador/a en cuanto símbolo que nos reúne y nos distingue en el marco socio-eclesial. Es fundamental para que las personas puedan sentirse unidas entre sí e interpeladas por los destinatarios de la misión.

Pero, si sólo se desarrolla este nivel, todo se termina en el lugar y con las personas concretas del lugar. No se alcanza la universalidad característica del carisma, y por tanto no se dará continuidad al carisma. El eje afectivo no es suficiente para que exista una Familia carismática.

## **b) El eje narrativo**

Una identidad empieza a desarrollarse sobre el eje *narrativo* cuando supera el “aquí y ahora” y se descubre integrada en una historia en la que el pasado ilumina al presente, y ambos permiten proyectar el futuro.

La identidad colectiva surge de la narración de unos hechos en las que unas personas se han visto envueltas *solidariamente*. Cuando esas personas, en diálogo unas con otras, narran *una y otra vez* su experiencia colectiva, van sacando a la luz los diversos lazos que estaban más o menos implícitos entre ellas, los lazos que las unían con los destinatarios de su obra, los lazos que forman la trama o intriga que unen unos acontecimientos con otros. Y al tiempo que desarrollan la narración van tomando conciencia de su itinerario. Cada nueva lectura supone normalmente una mayor conciencia del itinerario realizado conjuntamente: descubren nuevos aspectos o los valoran de manera diferente, o corrigen perspectivas anteriores.

En la narración hay un motivo o asunto central sobre el que gira todo el relato. Podemos decir que es el núcleo que le da consistencia, y que coincide con el objeto explícito de la misión al que responde el carisma en cuestión.

Pero la vida y el interés que pueda suscitar la narración dependen de la *trama, fantasía o intriga* que se ha originado en torno a aquel núcleo. Es el modo peculiar con que el carisma da respuesta a esa misión, son los rasgos proféticos que subraya de modo especial, son los valores evangélicos o la perspectiva del rostro de Jesús que pone en evidencia. Esta es justamente su aportación propiamente dicha a la misión eclesial, en la cual puede coincidir con otros carismas que desarrollan la misma misión pero desde diferentes rasgos proféticos.

Para que una persona pueda integrarse en una identidad colectiva ha de sentirse reconocida en la narración que sostiene dicha identidad. La formación inicial tiene por objeto, precisamente, ayudar a construir la *identidad personal* del formando en relación a la identidad colectiva; es decir, ayudar a descubrir e insertar *el propio relato existencial* en el de la identidad colectiva hasta sentirse parte de ella (sentimiento de *pertenencia*).

El integrarse en una identidad colectiva lleva consigo el compromiso de continuar el relato desde la misma intriga. Se continúa la misma historia pero con nuevos capítulos. De esta manera, el nivel narrativo amplifica el breve horizonte de la experiencia inmediata y hace que cada persona individual se sienta parte de una historia mucho más amplia, en la cual encuentra sentido y comprensión su pequeña historia. Y si la fe está

como punto de mira podrá descubrirse en una *historia de salvación* que desborda los límites geográficos y temporales de sus circunstancias concretas.

- El sentimiento de pertenencia se enriquece con la dimensión de la *comunidad*: la persona se percibe unida a otras personas en un mismo espíritu o carisma, más allá de la simpatía e incluso del conocimiento inmediato de la persona.

- El sentimiento de responsabilidad respecto de la finalidad o misión también se enriquece cuando la persona se descubre como *instrumento en la obra de Dios*, y que esta obra no se limita al proyecto concreto que lleva entre manos aquí y ahora.

10

- Y el fundador/a pasa a ser considerado como *maestro de vida y de espiritualidad*, y no sólo como un símbolo de unión.

En este nivel narrativo tiene una importancia excepcional el "*mito inicial*" o historia fundacional que ha dado origen a la identidad colectiva de esta Familia. Reviviendo y actualizando este *mito inicial*, cada nuevo miembro adquirirá la *identidad propia* de la comunidad carismática, se identificará con el carisma fundacional y será capaz de enriquecerlo con sus carismas personales.

#### **4.3. Itinerarios formativos para transmitir el carisma**

Los dos ejes sobre los que se construye la identidad colectiva de la Familia carismática son los que hay que desarrollar en la formación. Nosotros no podemos "transmitir el carisma", esto solo puede hacerlo el Espíritu Santo, su autor. Lo que sí nos toca a nosotros es preparar el camino, el terreno, el ambiente... Los itinerarios formativos son "catalizadores" que favorecen la reacción, el encuentro del Espíritu con el posible destinatario del carisma. Por ello son también los instrumentos indispensables que nos permiten llegar a compartir el carisma.

Un itinerario formativo tiende, en último término, a formar una identidad, y no simplemente a transmitir un contenido intelectual. Una persona está preparada para integrarse plenamente en la Familia carismática cuando ha asumido la identidad colectiva que caracteriza a esta familia. Mientras, podrá ser un aspirante, o un simpatizante, o un beneficiario de la misión que realiza esta Familia.

Según los destinatarios, los objetivos y las etapas del proceso, un itinerario puede ayudar a descubrir el sentido profundo de la tarea educativa, a sentir las necesidades de los destinatarios como llamadas que hay que responder, a descubrir la dimensión vocacional en la profesión, a identificar el campo de la tarea como lugar de presencia y crecimiento del Reino... El proceso va desde los aspectos más básicos humanos hasta los niveles más altos de la evangelización.

Una buena parte de los que entran en contacto con este carisma fundacional lo hacen a través del puesto de trabajo que han venido buscando en una obra educativa. En ese puesto muchos descubren que hay una espiritualidad que da sentido a las tareas educativas que tienen encomendadas y las integra en una misión. Entonces comienzan a vivirlas como parte de la obra salvadora que Dios realiza a través de ellos, se sienten *mediadores* de la salvación de Dios. En su proceso se ven a sí mismos, primero, como *colaboradores* de las religiosas; después, *participantes* en la misión de las religiosas (la misión considerada todavía "del Instituto"); finalmente, sienten la misión como propia, hablan de ella como *nuestra misión*, porque es la misión de la Iglesia, y la realizan con igual título (deber y derecho) que las religiosas, juntos, al servicio del Reino.

El ritmo y la calidad de este proceso dependen en gran parte de ciertos factores que, especialmente en las primeras etapas, han debido impulsar las religiosas:

- Ante todo, una relación cercana entre religiosas y laicos, de persona a persona, y de comunidad que acoge a las personas y comparte su experiencia de vida. En ese ambiente fraterno se integra la reflexión compartida sobre el desarrollo de los procesos.

- Una formación acomodada a los diversos niveles, que toma como punto de referencia la experiencia de los destinatarios, el itinerario evangélico de la Fundadora y la nueva eclesiología de comunión.

- La participación en experiencias de comunión y en las responsabilidades de la misión.

Gracias a estos elementos formativos los laicos se sienten integrados en la misma narración que escribían antes en solitario las religiosas, y que sigue animada por el mismo carisma, aunque se trate de un capítulo diferente.

El punto de partida es múltiple: hay que encontrar a cada educador y a cada grupo de educadores en la situación en que está: interesado por el bien de los alumnos o sólo por su propio sueldo, creyente o increyente, de nuestra religión o de otra... Ése es su punto de partida para recorrer el camino que podrá llevarle a participar en el carisma y la misión.

11

El horizonte es el desarrollo de la familia carismática que sostiene la misión, la continuación del relato colectivo de nuestro carisma en la Iglesia, y, en definitiva, garantizar el mejor servicio posible a la misión desde la comunión de todos los implicados.

#### **4.4. El signo y la respuesta al carisma recibido: el compromiso**

Los itinerarios formativos para transmitir y compartir el carisma no tienen como objetivo un cambio simple de lugar, “de estar fuera a estar dentro”, sino un proceso de conversión. Conducen hacia el núcleo de la familia, allí donde el carisma está latiendo más intensamente.

La entrada en la familia carismática a través de algún grupo o institución, no es un acto, no es el cruce ritual de un umbral, sino el avance en un itinerario, en el cual se va incrementando el sentimiento de pertenencia mutua, el sujeto se va impregnando del espíritu de la familia y se integra en la red de relaciones que desarrollan la comunión en su interior. Al mismo tiempo el proyecto de vida del sujeto se identifica cada vez más con la misión de la familia. Es entonces cuando podemos hablar del compromiso como opción de vida en la familia carismática.

Ya no se trata de los compromisos parciales, tales como servicios concretos, ayudas económicas o apoyo a obras apostólicas, sino del compromiso de vida, desde la situación humana específica en que se vive (y esto incluye las limitaciones de salud, el proyecto de pareja o de célibe, las múltiples obligaciones familiares, etc.) y no a pesar de ella. Sea como sea, el compromiso como opción de vida es el que integra a las personas en el núcleo vital de la familia carismática, y es este núcleo el que se hace garante ante la Iglesia de la continuidad y de la fidelidad al carisma fundacional.

### **5. LA FAMILIA CARISMÁTICA, HORIZONTE DE LA MISIÓN COMPARTIDA**

#### **5.1. Casa y escuela de comunión**

El horizonte al que nos conduce el “compartir carisma” es la Familia carismática. Supone un nuevo modo de vivir las relaciones entre laicos y religiosos. Es una experiencia de comunión para la misión que da visibilidad a aquel reto que Juan Pablo II lanzaba a la Iglesia al comienzo del tercer milenio: “*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*” (*Novo milenio ineunte*, 43).

En la Familia carismática, laicos/as, religiosos/as, sacerdotes, se unen ya no para participar “en la misión del Instituto”, sino para revivir juntos el carisma que ha dado origen a esta Familia, encarnar juntos el rostro evangélico que corresponde a este carisma y servir juntos a la misma misión eclesial.

La fidelidad creativa, necesaria para mantener y continuar el carisma en la Iglesia, en adelante ya no dependerá sólo del Instituto que hasta ahora lo representaba, sino de los diversos grupos que componen la Familia carismática y de cuantos vengan a asociarse en ella. Los religiosos/as aceptan que ni poseen en propiedad el carisma ni son los únicos responsables de la misión, y al mismo tiempo tienen un papel propio, profético, que deben cumplir dentro del conjunto, y liderar la iniciativa de impulsar el movimiento de compartir carisma y misión.

Necesita una organización que la capacite para alcanzar objetivos como estos:

- Favorecer la comunión y comunicación entre los grupos e instituciones de la Familia; compartir los recursos, desarrollar iniciativas conjuntas.
- Desarrollar un proceso de formación inicial y permanente que alcance a todos sus miembros, en diferentes niveles, que favorezca un común sentir en lo esencial del carisma, la espiritualidad, la misión, la significación de la historia fundacional.

12

- Promover el discernimiento colectivo y la coordinación de respuestas, en vistas a una mayor efectividad para la misión.
- Facilitar una cultura común en el interior de la Familia (vocabulario, símbolos, expresiones...)
- Y representar ante la Iglesia y transmitir la unidad del carisma fundacional junto a la diversidad de sus acentuaciones o proyectos existenciales. No se trata de una representación “diplomática”, sino profética. Juntos somos signo para la Iglesia y para la sociedad de esa parcela de la misión que se nos ha encomendado especialmente, y de nuestra peculiar respuesta a la misión, que nos viene dada por el carisma que compartimos.

## **5.2. Una nueva dinámica de Provincia y de Familia carismática**

Resultado de todo este movimiento de misión y carisma compartidos es la nueva entidad territorial correspondiente a la Provincia o agrupación de comunidades de la congregación. En esta nueva agrupación se incluyen las comunidades de religiosos/as y/o laicos/as, motivadas siempre por un mejor servicio a la misión. Ahí encontramos:

- Comunidades religiosas que comparten regularmente su vida con laicos que participan en ciertos aspectos de la vida interna, o con voluntarios laicos que se incorporan totalmente a la comunidad por un tiempo determinado.
- Comunidades de laicos, unas con momentos de encuentro comunitario de periodicidad muy diversa; otras incluso con vida en común bajo el mismo techo, con un ritmo diario de oración comunitaria y un alto nivel de comunicación y de participación de bienes.
- Comunidades mixtas, formadas por religiosos/as y laicos/as, matrimonios y/o célibes, unidos por el mismo carisma fundacional, con estructuras comunitarias que respetan la peculiaridad de cada componente y al mismo tiempo permiten compartir la riqueza de las identidades diferentes, de religiosos y laicos.

Tanto las nuevas agrupaciones territoriales como esa otra agrupación más universal, la *Familia evangélica o carismática*, se organizan para facilitar la *comunión de comunidades unidas por un mismo carisma y responsables ante la Iglesia de la misma misión*. El motivo de esta Familia (universal o territorial) y de los

que la integran es la misión que tienen encomendada desde la fidelidad creativa que deben al carisma fundacional.

Y con esta motivación surgen nuevas estructuras (consejos y asambleas con representación de religiosos y laicos en igualdad de derechos en cuanto a voz y voto), distintas de las que servían para el funcionamiento de la "provincia religiosa", mediante las cuales se intenta realizar las funciones que se espera de esta agrupación carismática de comunidades:

- Discernir juntos las necesidades de la misión y la mejor forma de dar respuesta.
- Fomentar la relación humana y, desde ella, la comunión entre las comunidades y entre los miembros de las comunidades.
- Organizar la formación en el carisma institucional para que llegue a todos sus miembros.
- Promover la elaboración corresponsable de los proyectos y la actuación subsidiaria entre todos los que comparten la misión. Proceder a la evaluación de las obras ya existentes, para asegurar que responden a las necesidades de la misión y a los requerimientos del carisma.
- Estimular entre sus miembros el sentimiento de pertenencia, a la Provincia y a la Familia carismática, a la historia viva originada por el carisma.

13

### **Para un trabajo en grupos:**

1. *Hacemos balance del camino andado: cuáles han sido los logros más significativos en la construcción de nuestra Familia carismática.*
2. *Precisamos la dirección, el horizonte: la situación que deseamos para nuestra Familia en los próximos años.*
3. *Concretamos los pasos inmediatos que hemos de dar. Pueden servirnos las siguientes sugerencias:*

#### **Ofrecer motivación:**

- Motivar a las religiosas. Situar la vida religiosa en la Iglesia-Comunión. Ayudar a redescubrir el carisma fundacional en esta Iglesia, un don del que solo somos mediadores.
- Motivar a los laicos/as en los distintos campos en que nos encontramos juntos: en la misión, ayudar a descubrir el espíritu; en la vivencia espiritual, ayudar a descubrir la misión.
- Motivar para que el centro motor de todo este movimiento esté en la comunidad local: de religiosos, de laicos.

#### **Facilitar, ante todo, experiencia:**

- Ámbitos para realizar experiencias y para compartirlas.
- Experiencia de la misión, experiencia de la comunión.
- A quienes vienen a colaborar en tareas pastorales: facilitar la experiencia de implicarse en la misión.
- A quienes realizan tareas profesionales: que tengan experiencia de vivir la comunión.

#### **Desarrollar y profundizar la formación:**

- Preparar itinerarios formativos que tomen como punto de partida la realidad de los destinatarios, que ayuden a avanzar en la comunión.
- Prever la preparación de formadores desde las diversas identidades: religiosas y laicos/as. Una señal de madurez en este camino de las familias carismáticas es que la formación y el acompañamiento se realizan por representantes de los diversos estamentos, laico y religioso.

**Planificar y estructurar, de abajo arriba:**

- Ha de tener en cuenta la variedad de ámbitos y procedencia de personas en que nos movemos. El acento hay que ponerlo en lo cercano a las personas concretas, a los lugares: encontrar a las personas en su situación, acompañarlas, invitarlas a participar en lo más inmediato, una comunidad que celebra, que ora, que reflexiona... A partir de los puntos de encuentro locales hay que pasar luego a otros más amplios, geográficamente pero también en diversidad de participantes.
- El movimiento se produce de esta forma: del encuentro con las personas, a la relación con las comunidades locales, a los encuentros entre los que se mueven en contextos de misión semejantes (educación, proyección social,...), a los encuentros plurales en torno al carisma común.
- La planificación ha de hacerse, normalmente, de abajo arriba. Lo cual significa que hay que mentalizar a las comunidades locales para que sean ellas las promotoras del compartir carisma y misión: desde los encuentros informales hasta una planificación formal; de invitaciones ocasionales hasta la incardinación en la comunidad.

**Impulsar participación corresponsable en la animación, a los diversos niveles.**

- Integración de laicos y religiosas en las estructuras de animación, en las comisiones de trabajo...
- Previsión de nuevas estructuras que faciliten la comunión y la corresponsabilidad.